

Don Arturo Urién, Cónsul de la República Argentina en Costa Rica

—Envío de la autora—

Durante cinco años algunas de las calles del NE de San José, fueron transitadas casi todas las mañanas por un viejo de noble porte, bien afeitado, vestido con pulcritud, gafas negras, marcha balanceada y bastón al hombro, como portan los soldados el rifle (reminiscencia quizá de su época de militar). Detenía el paso ya para quitar una cáscara de la acera—no fuera a ser cosa que alguien resbalara y cayera—ya para evitar que un muchacho pegara a uno más débil o bien para acariciar la cabellera de un niño o para ayudar a quien lo hubiere menester. Pero ya los que acostumbraban encontrar a su paso al anciano caballero, no lo verán más, pues hoy, 20 de febrero de 1931, se embarcó con rumbo a su patria, la República Argentina.

Cinco años permaneció entre nosotros don Arturo Urién como Cónsul General de su país en Costa Rica.

Pocas personas de las llamadas importantes, se dieron cuenta del paso de este hombre por aquí. ¡Tienen tantas cosas inútiles que hacer las personas importantes! También pasó inadvertido en el mundo diplomático. Él trató de explicarme el por qué no frecuentaba tan elevados planos:

—Es que yo soy apenas un cónsul de segunda orden, y los cónsules somos para los asuntos comerciales, mientras que los diplomáticos tienen que ver en los trascendentales.—Y levantaba la diestra para dibujar en el aire una vaga espiral.

Yo me reía y le preguntaba:—¿Asuntos trascendentales llama Ud. estos de importar champagne sin pagar derecho alguno para luego venderlo obteniendo una gran ganancia, dar comidas alumbradas por candelas de cera de colores según la última moda de los *snobs*, enredar las líneas imaginarias de las fronteras y provocar conflictos para salir de los pobres, conseguir que un país reconozca a un gobierno después que los respectivos presidentes se han tratado mutuamente de «grande y buen amigo», etc. etc.?

Además, yo comprendí que para una alma sin encrucijadas como la suya, hubiera sido imposible andar entre seres importantes y diplomáticos. Sólo habiéndose cortado la lengua como cierto personaje de un cuento de Clarín.

En algunos círculos fué considerado como excéntrico, en otros como intransigente e intolerante. Supongo que se debió a su manía de expresar con pasión lo que pensaba. Parecía no comprender que la mejor manera de hacerse simpático a sus semejantes es tomar sonriendo como artículos de fe, sus torpezas, mentiras y demás puntos de vista; y que la tolerancia es una de las actitudes más cómodas que puede adoptar el hombre, fuera de prestarle entre la gente de *sprit*, aires de elegante sabiduría.



El Sr. Urién rodeado de niños de la Escuela Maternal.

Tuvo en Costa Rica unos dos o tres amigos, personas de verdadero valor y por lo tanto sin la menor campanilla en el nombre. Después su amistad ayudó con los humildes, las mujeres y los niños. Casi puedo asegurar que lo que le pareció más digno de atención entre las relaciones que hizo aquí, fueron las mujeres (Puede que tal suposición haga sonreír a cualquier obsesionado, pero he de declarar, que éste ha sido uno de los pocos hombres que he encontrado en mi camino que me han dado la impresión de que trataba de sacar las cuestiones sexuales del dominio de lo sucio y del pecado para elevarlas al de lo admirable y digno de respeto). Quizá fué, por haber descubierto que un buen número de mujeres de por acá, viven con sencillez y valor de su vida de mujeres, mientras que la mayor parte de los hombres son afeminados, sobre todo espiritualmente. Ganivet encontró también que lo más digno de atención en los lugares por donde pasó como simple mortal o como cónsul, fueron las mujeres. Y Ganivet no tuvo nada de don Juan, que siempre fué muy hombre (el Dr. Marañón dice que los don juanes son tipos afeminados).

El día en que don Arturo Urién llegó a la Escuela Maternal, figura como uno de los más faustos en la historia del establecimiento.

Cuando le explicamos la forma en que

trabajábamos y le contamos que nuestro mayor anhelo era mantener sanos, limpios y alegres el cuerpo y el espíritu de los niños que nos rodeaban, pidió permiso de seguir visitándonos. Y desde entonces, durante más de dos años, llegó a la Maternal cada mañana. Sólo faltaba cuando estaba muy enfermo. Enseguida lo quisieron los niños. Al verlo entrar, dejaban su juego o su trabajo, corrían a su encuentro y se le colgaban de los brazos como de las ramas de un árbol.

Lo primero que hizo, fué calzar cuanta patilla descalza había en la escuela. Le mortificaba pensar en aquellos pies desnudos, expuestos a los anquilostomas y a las numerosas infecciones posibles en los climas tropicales. Gracias, pues, a un *extranjero* los pies de un buen número de niños costarricenses han ido protegidos por el suelo de su patria.

Y en cuanto una carilla pálida y marchita se acercaba a sonreírle, ya estaba él pensando en la leche y el bacalao, para que la salud volviera a encender el pequeño rostro apagado.

—Hay que fortalecer a los niños física y moralmente—decía—para ver si algún día la tierra se vuelve habitable para el hombre.

Cuando nos veía desanimadas en nuestro trabajo, nos daba alientos:—Si queremos hacer algo efectivo,

apoderémonos de los niños. En esto pienso como Lenin y los Jesuitas.

Tantas y tantas criaturas dejadas de la mano de Dios y de los hombres, que nunca podrán olvidar a don Arturo, aquel señor de anteojos oscuros y cabello blanco, ensortijado, sin asomos de calvicie, que todas las mañanas llegaba a la escolita: Arabela, la chiquilla que hacía pensar en una ardillita enferma; Manuelillo Madrigal con su cara de prócer pobre, Carmen, Myrella, Jorgillo... Confiados se acogían a esta fuerza que al hacerles bien no pensaba en que estaba comprando un palco de platea en la gloria de Dios, sino en que es preciso que los niños tengan salud y vivan en una atmósfera de limpieza tanto en lo que se refiere al cuerpo como en lo relativo al pensamiento, si queremos que algún día la tierra sea un planeta habitable.

Es una obsesión en él esto de volver la tierra habitable, y el principal medio, a su juicio, es la educación, pero una educación basada en la verdad, en la observación científica y no en la mentira y el empirismo.

¿Y la Colonia Escolar Permanente de San Isidro de Coronado? Por negligencia de la mayor parte de la directiva (yo formaba parte de la parte negligente), la finca adquirida en ese lugar con el fin de llevar al campo escolares débiles, había ido a parar a manos de un particular. Cuando don Arturo Urién lo supo, no volvió a estar tranquilo sino